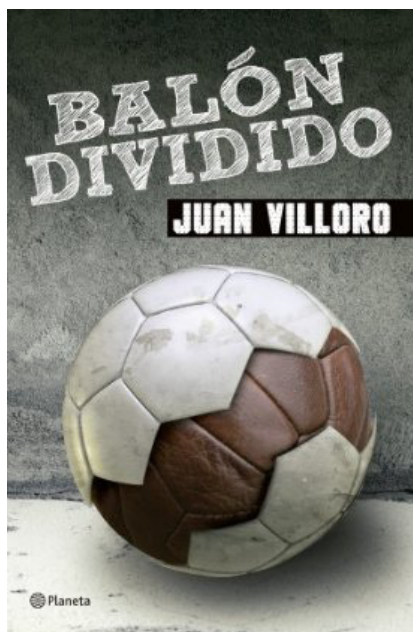


# Onetti, vendedor de entradas

Juan Villoro



*En la obra de Juan Villoro siempre cabe el futbol, considerado por muchos el deporte más bello del mundo y que, unido a la literatura, son para el escritor mexicano dos actividades importantes porque contienen la condición humana.(...)*

*« Hay jugadas que en la cancha duran dos segundos y que nosotros podemos convertir en óperas de Wagner de tres horas de duración », dice el autor de Balón dividido, libro editado por Planeta que reúne retratos y crónicas de las figuras recientes del balompié y sus conexiones con la literatura, la historia y la psicología. (...)*

*« Hay una canción del uruguayo Jaime Roos donde se confunden las luces del estadio con la luz del día...podría ser una canción escrita por Juan Carlos Onetti. » (...)*

*« Sí, me dio mucho gusto empezar Balón dividido con un texto sobre Onetti, evocándolo además en uno de sus primeros trabajos que fue el de vender billetes en el Estadio de Montevideo. Es algo que se me hace muy sugerente, porque se trata de un hombre que hizo toda la estética de la derrota y del fracaso, pero que en un momento de su vida vendió ilusiones, las de ver partidos de futbol. Así que la referencia vino bien para asociar futbol y literatura, dos pasiones, en la figura de un escritor como Onetti. » (...)*

(Entrevista de Juan Villoro con M. Maristain en la revista La Educación.)

En un tiempo en que los personajes literarios fumaban mucho, Juan Carlos Onetti reinventó el arte de respirar. La voz del escritor uruguayo tiene el ritmo de lo que debe ser dicho con suave firmeza; las verdades, siempre dolorosas, son amortiguadas por un tono cómplice y piadoso. Sus personajes se embarcan en proyectos sin futuro y amores contrariados; luchan por imponer una razón que sólo ellos conocen. Pierden en el mundo de los hechos, pero conservan la dignidad de quien supo oponerse a la evidencia.

Curiosamente, el supremo artífice de la devastación fue durante un tiempo un vendedor de ilusiones. El 10 de julio de 1937 escribe en una carta: « Novedades no hay —salvo que me han prometido emplearme como vendedor de entradas en el Estadio o cancha del Nacional de Fútbol; creo que el domingo ya entraré en funcione. »

Hugo Verani dio a conocer en 2009 la correspondencia del autor de *La vida breve* con el pintor y crítico de arte argentino Julio E. Payró, a quien dedicó *Tierra de Nadie* (primero se limitó a escribir el nombre del amigo; veinticuatro años después agregó: « con reiterado ensañamiento »).

Onetti fue peón de albañil, pintor de paredes, portero de un edificio, vendedor de maquinas de sumar y neumáticos hasta que pasó a las esforzadas tareas del periodismo (llegó a dormir en la sala de una redacción). Su trabajo más extraño fue el del Estadio Centenario. ¿Qué es un vendedor de entradas si no un promotor de la esperanza? Una magnífica ironía que le puesto recayera en un inventor de derrotas.

En las Cartas de un joven escritor, el novelista recomienda ver Montevideo « desde el mástil del estadio »: « Frente a mí, el pueblo; encima mío, el orgulloso mástil donde flameara la insignia de la historia, las gloriosas tardes de 4 a 0, 4 a 2 y 3 a 1, la gloria entre aullidos, sombreros, botellas y naranjas » (alude al Mundial de 1930 y a la final en que Uruguay ganó 4-2 a Argentina).

En las cartas habla de su « absoluta falta de fe ». Un rabioso escepticismo le permite decir: « Me está madurando una cínica indiferencia. » Los escritores se han servido del fútbol de muy diversos modos (uno de ellos ha sido ignorarlo). En el caso de Onetti, el trabajo en la cancha le sirvió de irónico contrapeso emocional: « Me voy para el Stadium a fin de crearme un sensibilidad de masas, multitudinaria y unanímista. » Nada más ajeno al autor de *El astillero* que lo unánime, pero siente esa entusiasta tentación cuando « raja pal jurgo » (cuando « va al fútbol »).

La correspondencia revela que en 1937 escribía una obra de teatro que se

perdió: La isla del señor Napoleón. En forma típica, abordó al emperador en su desgracia, cuando ya solo podía comandar reproches.

¿Qué clase de aficionado al fútbol fue Onetti? En una carta dice: « Un personaje de mi libraco le hace la apología de una isla fantástica a una mujer triste. Ella lo escucha y luego le dice: “¿Pero todo es mentira, verdad?” Él desolado asiente. “Pero no importa. De todos modos esa isla es un lugar encantador. ¿No le parece?” ». Hay mentiras necesarias, falsedades que alivian. Seguramente vio los partidos de ese modo. César Luis Menotti coincide con él: « El fútbol es el único sitio donde me gusta que me engañen. »

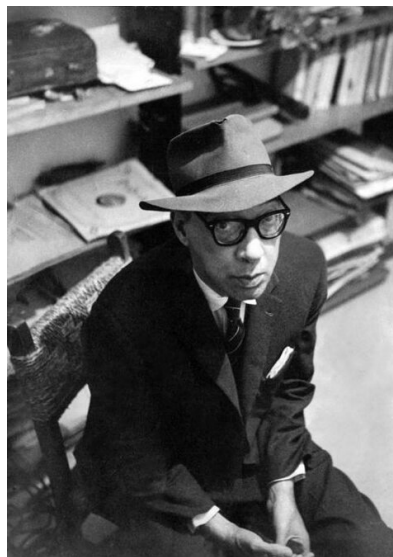
En sus libros y en Estadio Centenario Onetti permitió la entrada a un entorno que mejora por lo que creemos y mostró que la gloria es, a fin de cuentas, una causa modesta que ocurre « entre aullidos, sombreros, botellas y naranjas ».

Declararse discípulo de Onetti es una forma absurda de la vanidad: el maestro es único. Sin embargo, de tanto leerlo he concebido una ilusión menor. No lo veo como entrenador que me revela mi posición en el equipo ni como el delantero estrella al que debo darle un pase. Su legado me llega de un modo más sencillo, como lo que fue por corto tiempo: un vendedor de entradas.

Los libros de Onetti me convencieron de que la ilusión de escribir es posible. Imagino que una tarde de sol me entrega un boleto en la taquilla, como un salvoconducto para pasar de los libros y al estadio. Lo hace con magnífico desgano, sin responsabilizarse de las consecuencias.

Este libro combina las pasiones de la literatura y el fútbol. No existiría sin los magos del gol, pero tampoco sin los maestros de que me convencieron de un axioma: la realidad mejora por escrito.

« Entre aullidos, sombreros, botellas y naranjas », comienza el partido.



*Juan Carlos Onetti (1904-1994)*